

LA PROSPERIDAD A LA MANERA DE DIOS Josué 1: 1-9

EL DINERO COMPRARÁ:

Una cama pero no sueño. Libros pero no sabiduría. Comida pero no apetito. Adornos pero no belleza. Atención pero no amor. Una casa pero no un hogar. Un reloj pero no tiempo. Medicina pero no salud. Lujo pero no cultura. Asombro pero no respeto. Póliza de seguros pero no paz. Diversión pero no felicidad. Un crucifijo pero no un Salvador.

El Apóstol Pablo escribió: *“Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores”* (1T. 6:8-10). El problema no es el dinero, sino la actitud que tenemos hacia el dinero; cuando el dinero se vuelve lo más importante para el ser humano.

Cuando estamos en la época navideña se acostumbra decir: *“feliz Navidad y próspero año nuevo”*. Esto es porque todo el mundo desea que el siguiente año sea mucho mejor que el anterior en todo sentido. Todo el mundo desea vivir bien y evitar vivir mal; la gente desea la felicidad y teme la miseria y la desgracia. Pero algunos solamente ven el vivir bien desde el lado físico, económico y emocional (salud, dinero y amor); y otros lo ven desde el punto de vista espiritual, el cual es mejor porque es integral, es decir, incluye todo lo anterior. El Apóstol San Juan le dijo a su amigo Gayo: *“Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma”* (3Jn. 2).

Tanto quienes ven el bien solamente desde el punto de vista material, como los que ven el bien desde el punto de vista espiritual, saben, o deben saber, que para alcanzarlo, hay que trabajar mucho. El Señor le dijo a Josué que para alcanzar las metas que Jehová le había trazado tenía que hacer tres cosas básicamente: (1) esforzarse, es decir, trabajar mucho hasta alcanzar las metas; (2) ser valiente, es decir, no rendirse ante las adversidades o ante los fracasos, dejando todo atrás, abandonando los proyectos; (3) y la más importante, dejarse guiar por la Palabra de Dios para asegurar el éxito (Jos. 1:1-9).

Muchas veces he enseñado que la prosperidad que viene de Dios no se limita solamente a lo económico y material. La prosperidad que viene de Dios es integral; comienza hacia adentro, en nuestro espíritu y fluye hacia afuera, es decir, se refleja, la gente lo nota. Prosperidad, en el pensamiento judío, no significa tener mucho, sino que nada le falte, que es muy diferente. La palabra prosperidad o próspero, en hebreo, es la figura de una persona que sale de un punto para llegar a un destino llevando lo necesario para llegar bien, es decir, sin sufrir carencias.

Hoy en día circula en muchos lugares el mal llamado “*evangelio de la prosperidad*” que asegura que Dios te quiere rico, sano y feliz, y que por lo tanto tú debes declarar salud, dinero y felicidad para tu vida y lo tendrás. Dice que tú tienes el poder para decretar, es decir, para ordenar dinero llamándolo de todas partes y tienes el poder para reprender la enfermedad y para cancelar todo lo malo. Parece que este mensaje no es el resultado de nada, sino un fin en sí mismo, como si a Dios solamente le interesara esto. Ahora, por supuesto que a Dios le interesa que todos sus hijos sean prósperos, pero prósperos a la manera de Dios y no como la promueven los falsos promotores del “*evangelio de la prosperidad*”.

El Apóstol San Pablo dice: “*Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias*” (Flp. 4:6). Y más adelante dice: “*Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús*” (Flp. 4:19). Nunca se nos habla de ordenar, decretar o declarar nada, sino de acudir a Dios, refugiarnos en Él y esperar en Él, para que la gloria sea de Él. La prosperidad del hombre comienza en su relación con Dios cumpliendo los propósitos para los cuales nos ha llamado.

Esto es algo que tendría que aprender la nación de Israel y que nosotros también debemos aprender a hacerlo si queremos el bienestar, la seguridad, la prosperidad y la paz que sólo Dios nos puede dar. Por cierto, paz, en el pensamiento judío, no se limita a la ausencia de guerras, sino a la bendición de Dios en todo sentido, material, físico, emocional y, por supuesto, espiritual, la cual está presente aún en los tiempos de guerra.

Se puede ser millonario y no ser próspero, así como ser pobre y ser la persona más próspera. Ciertamente también se puede ser millonario y próspero, pero eso es algo que Dios decide, y también se puede ser pobre y no próspero, depende de en dónde están sus valores y su fe.

“Aconteció después de la muerte de Moisés siervo de Jehová, que Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, diciendo: Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que Yo les doy a los hijos de Israel. Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie. Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Éufrates, toda la tierra de los heteos hasta el gran mar donde se pone el sol, será vuestro territorio” (vv.1-4).

En el Libro de Génesis vemos que Dios le había prometido a Abraham que su descendencia ocuparía la tierra de Canaán, la tierra que después sería conocida como Israel. Esta promesa la sostuvo para su hijo Isaac y luego para su nieto Jacob, a quien precisamente le cambió Dios su nombre por Israel. Con Moisés, Dios está sosteniendo esta misma promesa, porque recuerde que los judíos habían estado por 400 años como esclavos de los egipcios y Dios levantó a Moisés para liberar a su pueblo y llevarlos a la Tierra Prometida.

Pero Moisés murió antes de entrar a la tierra de Canaán, sin embargo, desde hacía tiempo, Dios había estado preparando a un hombre que finalmente sería quien cumpliera con la misión. Ese hombre se llamaba Josué. Por supuesto, Josué no sabía que Dios lo había preparado para esto y esto es precisamente lo más interesante, porque Josué respondió siempre a las expectativas de Jehová con su entrega y su obediencia. Los judíos no sabían de estrategias militares de defensa y ataque, pero Dios preparó a este hombre. Recuerde, Dios o llama a los equipados, equipa a los llamados; lo único que hay que hacer es responder con entrega, sacrificio y obediencia para aprender y Dios levantará un gran, o una gran, líder para guiar a su pueblo.

“Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos. Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la Ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas” (5-7).

Josué no sabía que él ya estaba listo para cumplir tan importante misión, pero lo más importante es que Dios sí lo sabía. El Señor lo llama y le da la promesa de estar con él siempre para que pueda lograrlo. Josué tendría que hacer su parte esforzándose y siendo valiente. La palabra

esforzarse significa no hacer un intento; esforzarse, en el pensamiento judío, significa trabajar hasta alcanzar la meta. Ser valiente significa que no se acobardará ante las situaciones difíciles y que no abandonará la misión pase lo que pase.

Para lograr tan difícil misión Dios le dice a Josué que no se aparte de su Palabra. La Palabra de Dios es nuestro manual de vida y conducta, es nuestra guía para el diario vivir. Si Josué hace conforme dice la Palabra de Dios, Josué será prosperado en todas las cosas que haga. Para ser próspero se necesita cumplir la Palabra de Dios. Josué iba a aprender que solo siguiendo la Palabra de Dios encontraría el camino para cumplir sus metas y ser próspero. No era a través de supuestas revelaciones especiales como sucede hoy en día, no era a través de hacer pactos con Dios, era a través de trabajar duro (esforzarse), de no dejarse caer ante los problemas u obstáculos que se presenten abandonando la obra (valiente), y era a través de ser obediente a la Palabra de Dios. Aquí radica la clave de la verdadera prosperidad; la que empieza desde el interior de la persona cuando esa persona es llenada del Espíritu Santo, y que después se refleja hacia afuera, cuando podemos ver que esta persona siempre está en paz y en gozo a pesar de las dificultades y dolores, cuando vemos que esta persona se entrega de verdad a Dios, es obediente a Él y sigue su Palabra.

Dios le dice que de la misma manera en que estuvo con Moisés estaría con él, lo cual le daba toda la seguridad al nuevo líder quien había sido testigo de cómo Dios guió a Moisés en medio de las dificultades.

“Nunca se apartará de tu boca este Libro de la Ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien. Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en dondequiera que vayas” (vv.8-9).

De día y de noche, es decir, en todo el tiempo, Josué habría de meditar en las palabras del Libro de la Ley. Alguien dijo una vez que leer la Palabra es como el comer, y meditarla es como digerirla. Creo que quien quiera que sea que dijo esto tiene razón, porque cuando se medita en ella es cuando se le encuentra sabor. Meditar nos hace recordar cómo la Palabra de Dios nos ha ayudado en muchas circunstancias; cuando nos sentíamos solos, cuando desmayaba nuestra fe, cuando sufrimos alguna pérdida dolorosa, cuando teníamos alguna decisión difícil de tomar, etc.

Meditar es el acto de pensar cuidadosamente para buscar o considerar una verdad, en este caso, la verdad de la Palabra de Dios.

Nuevamente Dios le dice a Josué que esta es la clave del éxito en su vida; guardar la Palabra de Dios. Guardar no significa esconder, sino cumplir. El Señor le repite que nunca se aparte de la Palabra y que sea esforzado y valiente. Apartarse de la Palabra solamente lleva a la ruina, al fracaso espiritual y material.

Al decirle Dios a Josué: *“Mira que te mando”*, significa que Josué no habría de seguir caprichos personales o ambiciones egoístas, sino que debería seguir las órdenes del Señor si quería alcanzar las metas, si quería prosperar en la empresa que Dios le había encomendado. Nunca debe de quitar su mirada de Dios; su fe debe estar puesta en Él vea lo que vea y pase lo que pase. A cambio, Dios promete estar con él todo el tiempo.

Conclusión.

Por supuesto que la Palabra de Dios nos habla de prosperidad. Dios derrama prosperidad en la vida de sus hijos. Pero la prosperidad de Dios no se limita únicamente al dinero; la prosperidad de Dios es completa, integral. Prosperidad no significa que nos sobraré todo, sino que no nos faltará nada, en todo sentido. Para lograr la prosperidad lo único que nos pide el Señor es trabajar hasta alcanzar las metas (esforzarse), no desanimarnos, ni mucho menos, abandonar la obra cuando se presenten los problemas (ser valientes), y dejarnos guiar por la Palabra de Dios que nos enseña cómo es la prosperidad a la manera de Dios y cómo alcanzarla. No podemos reclamar la promesa sin haber cumplido la condición. A cambio, Dios promete estar con nosotros y nunca abandonarnos. Con su presencia, y guiados por su Palabra, podremos vencer todas las dificultades que se nos presenten en el camino y alcanzar el éxito en lo que hagamos.

Esta es la verdadera prosperidad y no la que se promueve hoy en día con el llamado *“evangelio de la prosperidad”*. No se trata de declarar, decretar, ni mucho menos, pactar con Dios porque el hombre no manda. Hoy Dios nos enseñó en su Palabra que Él es el que está al mando, así que yo no puedo declarar ni decretar prosperidad en mi vida; yo debo trabajar duro sin desmayar ante las dificultades y debo estar apegado a la Santa y Bendita Palabra de Dios para estar firme si quiero ser una persona

próspera. No pacto con Dios porque es Dios el único que tiene esa autoridad. El pacto es un convenio entre dos partes que se comprometen a algo, y si alguna de las dos partes no cumple se ve sujeta a sanciones y, ¿quién podría sancionar al Señor si Él *no cumple* su parte de hacerme rico en dinero como yo quiero? Es absurdo siquiera pensarlo.

En este sentido de la verdadera prosperidad, Dios sí quiere que todos sus hijos sean prósperos, sí quiere que todos sus hijos sean hombres y mujeres de éxito. Pero nuestra prosperidad y nuestro éxito comenzarán cuando empezamos a trabajar para Él. Nos toca a nosotros mostrar cómo es la verdadera prosperidad; la prosperidad a la manera de Dios. Amén... Vamos a orar...